

# PLUMA Y LAPIZ



# LEYENDAS Y TRADICIONES

(EL ESCORIAL)

FELIPE II; San Quintín; el monasterio del Escorial: tres nombres indisolublemente unidos, evocadores de otros tantos recuerdos... ¡Y qué recuerdos, para quien tiene en el pecho un corazón español y dispuesta en los labios una sonrisa de lástima, encubridora de una carcajada de desprecio para los ignorantes que hablan en son de mofa de *nuestra leyenda*, sin más motivo que el de haber triunfado el leve complot de toda la raza anglosajona contra un país en excepcionales circunstancias de debilidad y empobrecimiento!...



VISTA GENERAL.

Un gran monarca en cuyos dominios, cobijados por nuestra gloriosa bandera, jamás se ponía el sol; un triunfo militar de los que forman época en la historia y que debió ser decisivo, hasta el punto de hacer exclamar en Yuste á un genio de la guerra como Carlos I:—«¿Se ha hecho ya coronar rey de Francia mi hijo Felipe?»;... y un monumento que por su grandiosidad ha merecido la calificación de *octava maravilla* y ha dado lugar á una majadería igualmente grandiosa: la de cierto padre de la patria que en las Cortes revolucionarias de *la gloriosa*, al oír acusar al gobierno de abandono, por no haber cuidado de proteger con para-rayos el sin igual edificio, repuso:—¡Eso cuénteselo S. S. á Felipe II!—Tales son los tres recuerdos que evocan las palabras con que he comenzado este artículo.



FACHADA PRINCIPAL DEL MONASTERIO.

Bien quisiera hablar de los tres con la extensión que merecen; mas ¿cómo hacerlo, si cualquiera de ellos exigiría voluminosos tomos y apenas dispongo de unas cuantas líneas? Límitome, pues, á consignar que el segundo Felipe reunió bajo su cetro un imperio mayor que los de Alejandro, Roma y Carlo Magno; mayor también que muy posteriormente lo fué el de Napoleón I, pues comprendía la octava parte del mundo y, en ella, *más de seiscientos millones de habitantes*.

Apenas Felipe ocupó el trono, por abdicación de su padre, hubo de hacer frente á la alianza de Enrique II de Francia, que codiciaba el reino de Nápoles, con el papa Paulo IV. El monarca español envió á Italia al gran duque de Alba, que no tardó en dar buena cuenta de los franceses que allí se habían apoderado de varias plazas, las cuales rescató; y al mismo tiempo, con otro ejército mandado por Filiberto, duque de Saboya, llevó la guerra á la misma Francia.

Grandes fueron, sin duda, las proezas que

realizaron las tropas españolas en la península itálica; y preciso era que fuesen grandes para que no quedaran oscurecidas por el completo triunfo que obtuvieron los compañeros de armas de aquéllas, que el duque de Saboya acaudillaba.

El día 9 de Agosto de 1557, españoles y franceses hallábanse á la vista de la plaza fuerte de San Quintín, contra la cual se habían dirigido los primeros.

En nuestros valientes tercios, admiración del mundo, todo era animación, todo ardimiento: estaban tan acostumbrados á vencer, que ni siquiera ponían en duda que el nuevo sol alumbraría su victoria, á pesar de la superioridad numérica del enemigo y de las ventajas que á éste daba la posesión de una plaza fortificada, como base de operaciones.

Y no se vieron defraudados en sus esperanzas.

Al siguiente día, en que la Iglesia conmemora el increíble martirio del diácono San Lorenzo, del leal servidor de Sixto II, los dos ejércitos vinieron á las manos, lanzáronse el uno contra el otro, y justo es decir que si el español embistió con la furia del mar embravecido contra los acantilados de la costa, resistió el francés con la firmeza que oponen las duras rocas á la cólera del océano.

Luchóse larga y porfiadamente; pero ¿quién era capaz entonces de vencer á nuestros bravos soldados y á nuestros entendidos generales?

Antes que la noche cubriera con su manto los horrores que todo campo de batalla ofrece, la victoria se había declarado por nuestras armas, de una manera completa y decisiva.

Los franceses dejaron diez mil hombres en los campos de San Quintín; cuatro mil soldados quedaron prisioneros, y dos mil nobles, entre los que había no pocos magnates de gran importancia, sufrieron igual suerte. Toda la artillería, las banderas todas del ejército enemigo, quedaron en nuestro poder; el botín que se recogió fué inmenso y el fruto de aquel sin igual triunfo habría sido indudablemente el que, según más arriba hemos dicho, presupuso Carlos I, si por una obcecación inconcebible ó por la falta de



PATIO DE LOS REYES.



BIBLIOTECA.

uno de esos gallardos arranques que caracterizaban al hijo de Doña Juana la Loca y faltaban á su vástago y sucesor, no se hubieran perdido diecisiete días en sitiar y tomar la plaza de San Quintín, en vez de rebasarla y encaminarse en derecha á París.

Perdióse entonces la ocasión, y ésta no volvió á presentarse; pero aquella victoria y la lograda en Gravelinas, en Julio del año siguiente, obligaron al monarca francés á suscribir

en 1559 el tratado de paz de Cateau-Cambresis, por el cual renunciaba á sus ambiciosas pretensiones sobre dominios españoles y daba en matrimonio su hija Isabel á nuestro soberano.

Este, en conmemoración de hecho tan fausto como el triunfo en San Quintín logrado, acordó la erección de un monumento que para siempre perpetuase su memoria y supo realizar sus propósitos con infatigable tenacidad y con la grandeza de que da muestra el maravilloso monasterio de San Lorenzo del Escorial, que merece tal calificativo, no sólo por las riquezas artísticas que lo constituyen y que en sí encierra, sino también por sus colosales proporciones, pues forma un paralelogramo rectangular de unos 198'50 metros de N. á S. y 193'30 de E. á O., y comprende un perímetro de no menos de 800 metros.

E. B.



TEMPLO—VISTO DESDE EL CORO.

Fotografías de Hauser y Menet.

# ITAL PARA CUALQUIER

Sobre cuál de los dos mostrar podía  
más antiguo blasón,  
sostuvieron dos nobles, cierto día,  
reñida discusión.

Y, por dejar al otro en una pieza,  
dijo uno: —Sepa usted  
que es mucho más antigua mi nobleza  
que el arca de Noé;

pues consta que, cuando éste iba con brío  
el diluvio á afrontar,  
llegó hasta el arca un ascendiente mío,  
nadando á más nadar;

y este diálogo escrito el cuadro lleva  
en una extremidad:  
«Cúbrete, primo. — Muchas gracias, Eva;  
es por comodidad.»

y, mostrando á Noé su ejecutoria,  
le dijo: «¡Salve usted  
al ilustre barón de la Achicoria!»  
¡Y le salvó Noé!

—No es floja la nobleza de su cuna,  
el otro replicó;  
pero es más noble aún, sin duda alguna,  
la que á mí me meció;

pues en un cuadro que conservo ufano,  
sentada Eva se ve,  
y á su lado un señor, sombrero en mano,  
que mi ascendiente fué;



CARLOS CANO



ESPERÁBAMOS en Navalmoral el eclipse famoso del 28 de Mayo de 1900, de cuya observación atenta y escrupulosa tan excelentes resultados se prometían los astrónomos de Europa. Con el propósito de instalar convenientemente los complicados aparatos que al efecto habían sido remitidos con anticipación á dicho punto, habíanse adelantado algunas comisiones oficiales y no pocos aficionados á esos estudios. Terminados felizmente los preparativos aconsejados por la ciencia, nada quedaba ya que hacer sino aguardar á que nuestro satélite se colocase entre el sol y nosotros para comenzar las observaciones.

Entre tanto, como los entretenimientos que el pueblo nos ofrecía no eran muchos ni muy variados, departíamos los forasteros sobre el obligado tema del eclipse, cuando, por la noche, antes de entregarnos al sueño, nos reuníamos en agradable velada que duraba dos ó tres horas.

—Bueno sería,—dijo riéndose uno de los profanos—que la luna tuviese la humorada de darnos un chasco y adelantase ó retrasase el espectáculo anunciado.

—Es imposible;—replicó gravemente un astrónomo.

—El tiempo está medido con toda exactitud; los cálculos son infalibles.

—Nada hay infalible en el mundo,—contestó el sudodicho profano.—Al fin y á la postre, esos cálculos en que ustedes confían incondicionalmente, se hallan basados en una hipótesis; hipótesis que, hasta ahora, ha sido justificada por los hechos; pero ¿sabe usted, ni puede saber nadie, si existirá alguna circunstancia desconocida aún y, por consiguiente, no tenida en cuenta, que puede presentarse, cuando menos se la espere, á dar al traste con todos esos cálculos? Recuerden ustedes lo que sucedió al pobre KOUNG-CHE.

—¿KOUNG-CHE?—preguntaron, con extrañeza, muchos de los presentes.—¿Quién es KOUNG-CHE? ¿Qué le sucedió?

—Pues, KOUNG-CHE,—continuó diciendo el que usaba de la palabra, muy satisfecho al ver la curiosidad pintada en todos los rostros,—fué un sabio chino; muy buena persona, á pesar de ser chino y de ser sabio.

Brilló como astrónomo insigne hace más de cuatro mil años.

Se cree generalmente que Nicolás Copérnico inven-

tó el sistema al que ha dado su nombre; es un error: Copérnico nació al año 1473 de nuestra era, y Koung-Che murió el 2169 antes de Jesucristo. Conque vean ustedes si llevaba años y siglos de vida el sistema, en su parte esencial, cuando lo expuso Copérnico.

Koung-Che, contra lo que entonces pensaban y enseñaban sus contemporáneos, explicó el movimiento de la tierra alrededor del sol, y el de la luna alrededor de la tierra, y fundó, en esos movimientos combinados, los eclipses que, á la sazón, se consideraban producidos por dos perros enormes que perseguían al sol y á la luna, para devorarlos.

Ya comprenden ustedes los sinsabores, las persecuciones, las penalidades que tan atrevida innovación acarrearía al desdichado Koung-Che.

Afortunadamente para él, contaba con la decidida protección de Chu-Kang, emperador de los más instruidos, como decía el otro; el cual emperador desoyendo las quejas de sus vasallos escandalizados y las murmuraciones de sus cortesanos, que odiaban de muerte al astrónomo, protegió á éste y facilitóle cuanto Koung-Che consideró necesario para proseguir sus estudios y sus observaciones.

A tal extremo hubo de llegar la privanza del sabio en el ánimo del emperador, que éste dió una de sus hijas en matrimonio al astrónomo insigne; con lo que subieron de punto la envidia y el odio de la gente palaciega.

Instalados Koung-Che y su esposa en una torre, casi desprovista de aparatos (pues por aquel entonces no eran conocidos), se pasaban las noches en claro, mirando á las estrellas.

Koung-Che, muy seguro de que estaba en lo firme suponiendo al sol fijo y á la tierra dando vueltas en torno del astro rey y á la luna dándolas alrededor de la tierra, predijo varios eclipses que no se verificaron; lo cual le desprestigió mucho á los ojos de su amo y señor.

Y lo peor del caso fué que en el año 2169 antes de Jesucristo, es decir, hace ahora cuatro mil sesenta y nueve años, sobrevino, sin que Koung-Che lo predijese un eclipse total de sol que llevó la consternación á todos los espíritus; al del emperador inclusive.

Los enemigos del sabio aprovecharon, como se comprende

fácilmente, aquel fracaso, para llenar de improperios al astrónomo, para anatematizar su falsa ciencia y para propalar que el eclipse acaecido y otros que sobrevendrían, eran el castigo impuesto por Vichnú á la soberbia de los hombres.

El emperador, asustado y convencido, decretó la muerte de Koung-Che y de su mujer, que fué considerada como cómplice en las supercherías de su marido. Ambos fueron decapitados, con gran algazara del pueblo imbecil que, presa de la estúpidez propia de los muchadumbres supersticiosas, se consideraba desde entonces libre del maleficio que atribuía al estudioso Koung-Che.

Este murió sin enterarse de que su error había consistido en creer que la luna y la tierra recorrían, en sus movimientos, órbitas situadas en el mismo plano. Nosotros sabemos ya que esas órbitas se hallan en planos distintos que se cortan formando un pequeño ángulo.

Pero ¿quién puede asegurar que no ignoramos aún otras cosas?

Según la parquedad y lentitud con que la madre naturaleza ha ido revelando á los mortales sus asombrosos secretos, cabe abrigar la creencia, en buena lógica, de que hasta la consumación de los siglos tendrán siempre los sabios mucho que investigar y algo que aprender.

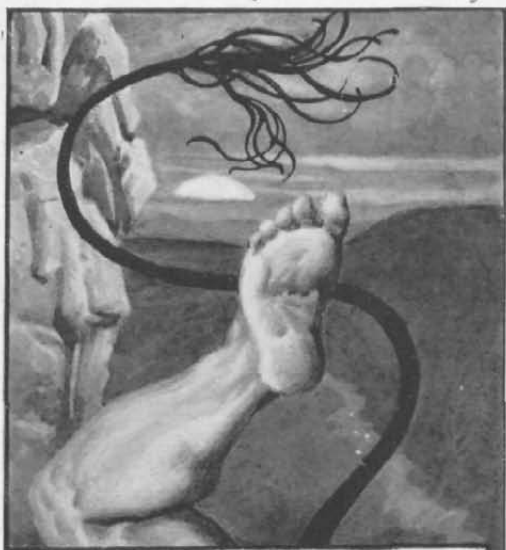
—Afortunadamente, pensamos todos, no parece probable que los astrónomos de hoy expíen en el patíbulo sus errores.

\*\*\*

La triste historia del astrónomo chino, escuchada por todos los presentes con la más religiosa atención, prestó á la velada tintes de melancolía, que nos impulsaron á ponerle término más pronto que otras noches.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

Ilustraciones de G. CAMPS.



## A LUZBEL

¡Arrástrate, Luzbel! En el olvido  
ya se hundieron tus glorias y alboradas;  
y, en vano, al estallar en carcajadas,  
verás á Dios bajo tus pies rendido.

Sobre el crestón de tu Himalaya, herido,  
rodaste con las alas destrozadas,  
víctima de ambiciones malogradas,  
ídolo roto, pedestal caído.

Eras el leviatán rebelde y fiero,  
y, al fraguar tu delito sobrehumano,  
beso de oprobio te selló primero.

Dios que es altivo, levantó la mano...  
¡y, arcángel sin escudo y sin acero,  
desde la cumbre te lanzó al pantano!

L. TORRES ABANDERO



AQUEL rey Artasar que después de Suleimán ó Salomón, fué el más poderoso y el más opulento del orbe; aquel que soñó tener un palacio como jamás se hubiera visto, para albergar en él las magnificencias de su corte y las fantásticas riquezas de su tesoro,—alimentó también otro sueño, más modesto en apariencia, pero de realización infinitamente más difícil: el de aumentar su estatura. Porque conviene saber que Artasar el *Grande* y el *Temido* era de muy corta talla, y en aquellas edades heroicas se rendía culto á la exterioridad de la fuerza y de la robustez corporal. Y cuando Artasar, descendiendo de su palanquín de cedro, marfil y oro, se dirigía solemnemente al templo en que sus antecesores los Magos habían adorado al Dios vivo y donde aún persistía este santo culto, y el pueblo formaba doble muralla para ver pasar al rey—éste sufría cruelmente en el amor propio, al comparar la proyección de su sombra, diminuta y sin majestad, con la de los hercúleos oficiales de su guardia nubiana, ó la de los hermosos arqueros del Cáucaso, que le precedían abriendo calle. Como una especie de bufón grotesco que fuese á su lado inseparablemente, burlándose de una grandeza nominal, la ironía de su reducida sombra le acompañaba á todas partes.

Para evitar tan triste efecto, ideó Artasar que le construyesen un calzado de suelas quíntuples, y que ciñese sus sienes una especie de monumental tiara. Y fué, como suele decirse, peor que la enfermedad el remedio, porque las suelas remedaban un zócalo ridículo, y hacían embarazoso y torpe el andar del rey, que parecía ir en zancos; mientras que la tiara, agobiándole con su peso, le obligaba á inclinar la cabeza, y en la sombra adquiría formas extrañas, provocantes á risa.

Desesperado Artasar, abrumado por la mortificación de su vanidad que sufría cada vez que se mostraba en público, apeló á no salir de su palacio nunca. En el recinto del palacio se encerraban amenísimos jardines y bosquecillos frondosos, y Artasar, solazándose en ellos, fué olvidándose de estudiar la proyección de su sombra, y de compararla á las de los demás mortales. Y así que dejó de preocuparse de cómo era su sombra, recobró la tranquilidad del espíritu, la calma del corazón, la alegría de las horas serenas y felices. ¿Qué le importaba su sombra? ¿Acaso la sombra le impedía disfrutar del ruido del agua, de la frescura de las enramadas, de los acordes de las cítaras, de los ojos de gacela y los labios de miel de las cautivas? ¿Acaso le vedaba el goce del estudio, la plenitud intelectual? Un día Artasar recordó, miró á su sombra... y se reconcilió con ella; ya no era irónica, ya no le humillaba; aquella sombra se parecía á todas; era una sombra inofensiva, natural; una sombra *buen*a...

Y Artasar, llamando al escriba que recogía en encerradas tablillas los hechos culminantes del reinado y las máximas formuladas por el monarca para reunir las en un libro que eclipsase al de los *Proverbios* de Suleimán,—(¡lástima que estas tablillas se hayan perdido!)—le dictó la sentencia siguiente:

«Cuando andamos entre los hombres, no existimos sino por el tamaño de nuestra sombra. Cuando nos retiramos, nos hace vivir la capacidad de nuestra alma.»

EMILIA PARDO BAZÁN

JOSÉ M.<sup>a</sup> TAMBURINI



¡PENSANDO EN ÉL!

## BARTOLO, EMPRESARIO Y MÁRTIR

**B**ARTOLOMÉ Candileja había sido ya todo cuanto hay que ser en este mundo.

Hizo en sus mocedades comedias caseras, tuvo fábrica de barquillos, presidió una Sociedad de Seguros y fué sucesivamente domador de caballos, tenedor de libros, profesor de inglés y recaudador de contribuciones. Sólo le faltaba ser nodriza y empresario de teatros. Y así como para ser lo primero, no tuvo suficiente coraje, si lo tuvo para ser empresario, aunque de los de menor cuantía.

Pero no siempre la fortuna le había de ayudar, y en su postrer empeño le abandonó la ingrata.

El alcalde de Villachupada, donde había un teatillo muy *oparente*, cuyo dueño era enemigo de la primera autoridad, iba á llevar una compañía lírico-dramática de Madrid y á explotarla; é ignorante de esto el buen Bartolo, tuvo la peregrina ocurrencia de pedir el teatro y dar en él cuatro funciones por su cuenta, anticipándose al alcalde, inocentemente.

Lo primero que hizo Bartolo fué buscar por todo Madrid artistas ó cosa parecida, y á este fin, visitó primeras tiples, tanto nuevas como de lance, damas de carácter más ó menos apacible y tiples segundas que habitaban pisos cuartos.

Riñó con madres naturales y artificiales, vióse comprometido con unas, desairado por otras y con exigencias tales por casi todas, que más de una vez pensó dar al traste con su proyecto. Esta le pedía catorce duros por función, aquélla le imponía la condición de que se la obsequiase con butifarra en los entreactos; otra, la de llevar consigo á su esposo (vamos al decir), y á tres retoños como tres cocodrilos.

Recorrió mi hombre algunos domicilios de todos aspectos, y llegó á encontrar una primera tiple de excelente trapío, buenas formas sociales y de las otras, voz de timbre móvil y repertorio extralimitado, según decía su reverenda madre. Las exigencias de la diva no

fueron muchas, pues sólo se redujeron á llevar consigo á la autora de sus días y á un primo segundo, amén del viaje pagado, la alimentación, las flores, el aguardiente para la mamá y los cigarros para el primo.

En concepto de segunda, contrató á una pobre mujer, tiple ella por todos cuatro costados, con una boca que hacía competencia á las de riego (por el tamaño y por el riego), y con modestas pretensiones, á causa de haber estado *parada* desde la Revolución de Septiembre. Así es que como, á juzgar por las trazas, no había comido desde aquel glorioso acontecimiento, por seis pesetas encontró en ella Bartolomé una artista de corazón, de estómago y de todas las vísceras imaginables, capaz de cantarse desde *La marusiña* hasta *La Valkiria* inclusive.

Con estos elementos femeninos, ya podía el buen Candileja darse en los pechos con un ripio cualquiera; pero le faltaba contratar á cuatro hombres y un cabo, es decir, á un tenor cómico, un bajo ídem, un característico entreverado, un apuntador baratito y un maestro director de orquesta, en buen uso, para que ensayase las partes á domicilio y después en el teatro se dirigiese á sí mismo, toda vez que la orquesta sólo consistía en un piano de sonidos intermitentes y con más hipo que vergüenza.

Frecuentó con este objeto los arrabales del café Inglés y ajustó bajos que picaban muy alto en cuanto al sueldo, tenores cómicos que tenían de cómicos y de tenores lo que mi abuela tenía de bombero, apuntadores con *carraspera* y *galanes con moquillo*.

Así organizó la compañía don Bartolomé, completándola con un tal don Valeriano Motete, organista de ciertas monjas lírico-dramáticas y tan propicio para acompañar un *requiem eternam* como unas seguidillas gitanas.

Las continuas peloterías entre los actores, los chismes de las *divas*, los tropiezos en los ensayos y la difícil confección de carteles y programas, quitaron al nuevo empresario el apetito muchos días y el sueño no pocas noches.

La función había sido anunciada convenientemente en Villachupada, y cualquier mortal que no estuviera ciego podía ver grandes carteles, pegados en la entrada del teatro, en la puerta de la taberna, en la esquina del fielato, en la espalda del sacristán, en el pórtico del matadero y en el *foyer* de la posada.

Llegó el día de la función y el momento de salir de Madrid, y montaron el empresario, la compañía y sus





añadidos en un coche de doble suspensión y vuelco sencillo.

¡Milagro hubiera sido que, mediando faldas en el asunto, no hubiese habido en el camino algún *choque*!

En efecto; las *tiples* se dirigieron algunas pullitas, una mamá llamó al barítono «cómico de la legua», él se vengó llamándola «madre de guardarropía», y el infeliz empresario, deseoso de poner paz, tuvo que pasar en el trayecto más berrinches que puentes.

Parecía natural que produjera sensación en un pueblo donde sólo habían visto comiquillos rurales, la llegada de una compañía de Madrid; pero ¡oh desencanto para el orgullo lírico-dramático de don Bartolo y su gente! sólo media docena de chicuelos rodearon el coche cuando hizo alto, y al encaminarse al teatro la caravana artística, no faltaron indígenas que dijieran á sus convecinos: «Ahí van... esos son los comediantes... ¡Míalos!... Aquel que tié cara de canónigo debe de ser el gracioso... ¿Cuál será el barba?... Sábelo Dios, porque tóos van rapaos... Ese tío de las gafas (por Bartolo), debe de ser el tutor de la *triple*... ¡Anda, y ella paice que está fuera de cuenta... ¡míá lo que abulta!...»

Para qué quiso oír más la madre de la prima-donna, ó sea la tía-donna. Sin decir oste ni moste, (porque no era mal hablada), ¡zást! sacudió al golfo rústico que tal dijo un golpe tan recio con la maleta que llevaba, que á la vez le hizo un chirlo y le deshizo un hombro.

Se armó el alboroto consiguiente, que empezó en indignación sorda y acabó en verdadera silba, lo cual asustó al pobre don Bartolo y desanimó á los actores. ¡Claro! ¿Cómo había de gustarles verse silbados con tanta anticipación?

A todo esto, el escarabajeo que sentían en el estómago les convenció de que el apetito que llevaban no era de guardarropía, sino de verdad.

Penetró la *troupe* en un *restaurant* donde de antemano había sido encargada por don Bartolo, mediante buena suma, una comida suculenta.

Todos aguardaban con ansia la presencia de los manjares sobre aquellos manteles tan manchados... que parecían planos de la guerra del Transvaal; y al cabo de una hora, durante la cual se habían comido todo el vino y bebido todo el pan (porque con el hambre no sabían lo que hacían), les fué servida una fuente de acelgas y brécoles, que no le faltaba más que hablar. La verdura fué devorada con entusiasmo delirante, y acto seguido apareció en la mesa una cazuela de arroz, en la que los comensales creyeron vislumbrar jamón ó pollos ó algún otro marisco de corral; pero ¡quía!, ni con microscopio podía verse allí otra cosa que alcachofas y guisantes.

El desencanto fué terrible; pero aún lo fué más, cuando, tras el arroz sirvieron á la desmayada compañía una abundante ensalada de lechugas; ante lo cual, protestaron todos enérgicamente contra quien, en vez de llevarlos á comer, los había llevado á pastar.

Total: el empresario quedó no sólo explotado por el posadero, sino cruelmente zaherido por los cómicos, que le pusieron aún más verde que la comida.

Mientras tanto, el encargado de la taquilla se mesaba los cuarenta y ocho cabellos que le quedaban, porque no había vendido un sólo billete y eran las siete de la tarde.

Llegó la hora de la función, vistiéronse los malhumorados artistas, y, extrañando Bartolo aquel retraimiento del público, fué en busca de la autoridad; pero no faltó un alma caritativa que le dijera: — «Mire usted, señor, el alcalde iba á tomar el teatro por su cuenta; el dueño, por hacerle daño, se lo ha cedido á usted; el alcalde, que es el rey absoluto del pueblo, ha prohibido reservadamente la asistencia al teatro por medio de amenazas, y...»

—No me diga usted más—interrumpió Bartolo.— ¡Bestia de mí! Ahora lo comprendo todo, como dicen al final de las piezas los bandidos de mi cuadrilla.

La función no llegó á celebrarse por indisposición de la taquilla. El pobre de don Bartolo volvió á Madrid con los cómicos, después de pagarles lo estipulado. Volcó el coche en el camino, resultando todos ilesos, menos el empresario y una mula tan desventurada como él. Y ocho días después, aún se hallaba en cama el infeliz, aguantando las friegas que le daba su criada con aceite mineral, y exclamando con voz lastimera:

—«¡Dios mío! Antes de permitirme ser otra vez empresario rústico, cortadme el hilo de la existencia con lo que halléis más á mano!»

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Ilustraciones de A. SERINA.

# PASATIEMPOS

## CHARADA

De lo que es *prima segunda*,  
razón da la geografía,  
y *segunda con primera*  
suele usar todo el que pinta.  
*Tercera y cuarta* lo propio  
que *prima y tres* significa,  
con sólo á una consonante  
prolongarla por arriba;  
siendo las dos palabreas  
poco usadas en el día.  
*Tercia y dos, in illo tempore*,  
era una cosa precisa  
en el mar como en la tierra,  
y hoy se emplea todavía,  
aun cuando el vapor y el gas  
le han puesto la pata encima.  
En fin, para no cansarte,  
lector, una buena *prima*  
*dos* me aligera las penas,  
rejuvenece y hechiza;  
por que fuí un *todo* de fama  
en la hermosa Andalucía.

\*\*\*

K.

## JEROGLÍFICO



\*\*\*

## LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 0 — Adornos de salón.  
4 3 5 1 2 3 6 5 2 — Prenda de Guardia civil.  
4 9 6 5 9 6 4 9 — Grado en el ejército.  
1 7 6 7 3 5 2 — Pajarillo.  
8 9 3 8 9 0 — Héroe griego.  
6 9 3 2 6 — Emperador romano.  
3 7 6 7 — Cantador nocturno.  
6 2 9 — Personaje bíblico.  
0 5 — Adverbio.  
7 — Vocal

L. M.

## JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

RIO      NOTA

GILITO.

\*\*\*

Las soluciones irán en el número próximo.

\*\*\*

SOLUCIONES Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

*Charada en acción.* — Mondadientes.

*Logogrifo numérico.* — Murcia. — María. — Rima. —  
Mir. — Mi. — A.

*Jeroglífico comprimido.* — Sobretudo.

*Anagrama.* — Marcial.

*Frase hecha.* — A brazo partido.

## CORRESPONDENCIA

V. T. (Astorga). — Con el respeto que usted me merece, por haber sido el primer *enviante*, me permitiré aconsejarle que se dedique á confeccionar *mantecadas* de las que han hecho célebre la ciudad donde reside. Debe tener para ello gran disposición, á juzgar por el *buñuelo* que se ha servido remitirme.

Para muestra, un botón basta.

V T y no vuelvas... ó te *publico*, para escarmiento de ignorantes atrevidos.

R. A. (Logroño). — Hay un logogrifo aceptable. Lo demás no conviene á PLUMA Y LÁPIZ, que es un semanario muy correcto y atildado

Sansón. (Puerto de Santa María). — El pensamiento del versito puede pasar; pero la forma... En fin, lo publicaré, si me autoriza á substituir un animal por otro.

Pues, para que consuene con pesebre,  
el *conejito* aquél, ha de ser *liebre*.

Un enamorado. (Valencia). — Todo eso cuénteselo á ella, particularmente. Maldito lo que interesa al público que ustedes se aparten ó no. Y, acá para *inter nos*: quítese de la cabeza esas *hiluciones*, capaces de desilusionar á su amada, por poco que conozca la lengua de Cervantes.

P. Lagatos. (San Sebastián). — Señor mío: ¿por quién me ha tomado usted?

Su poesía, dedicada á la Reina, constituye un delito de lesa-magestad. ¡Cómo ha podido creer que yo me prestara á ser cómplice suyo.

«Vos que ceñís diadema en la frente,  
y sois tan indulgente,  
aceptad mi ofrenda reverente....»

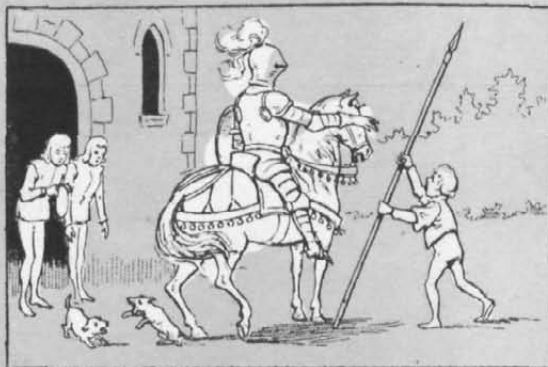
¡Lástima no te mueras de repente!

Estoy seguro de que en el Paraíso bailarían las Musas un zapateado por todo lo alto.

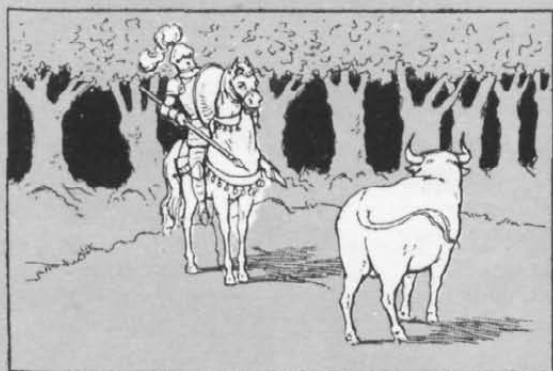
NOTA. — No se devolverán los originales, aunque dejen de utilizarse.



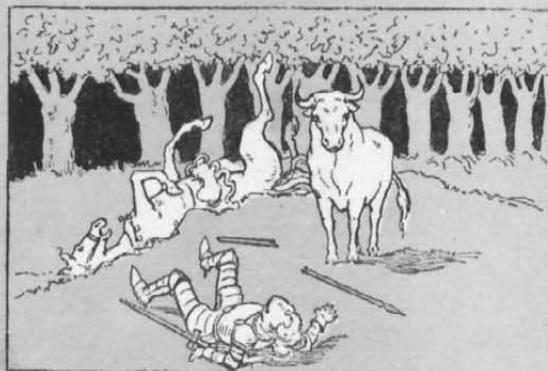
1.—Rugiero parte en busca de aventuras,



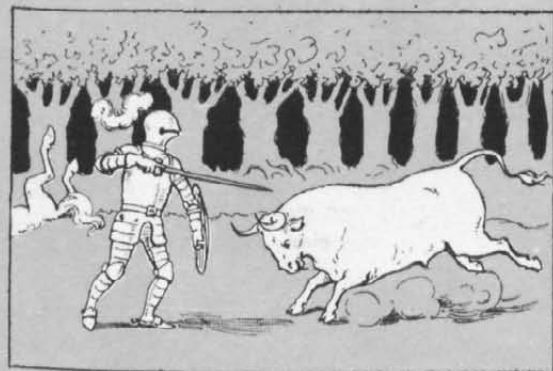
2.—para añadir nuevos blasones á su escudo.



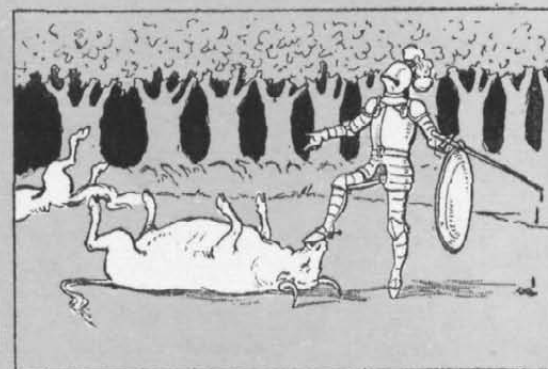
3.—Tópase en el camino con un cornúpeto



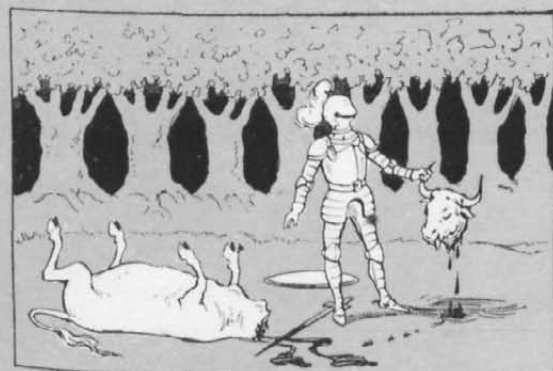
4.—que le desmonta á la primera embestida.



5.—Alzase furioso; de un mete y saca



6.—acaba con el bicho, y, lleno de satisfacción,



7.—vuelve al lado de su esposa, ostentando el trofeo



8.—que ha conquistado... ¡en tan corta ausencia!



Publicado por la casa «Codorniu», (S. Saturnino de Noya. — Cataluña).